

INTELECTUALIZACIÓN DEL OBRERO

En lecturas muy viejas, que hice en mi niñez, impresionó mi espíritu el dato elocuente que en ciertos talleres y fábricas de no recuerdo donde, había permanentemente un hombre que leía a los operarios, pagado por ellos mismos. Creo, que como en la época que apareció tal noticia, animará a muchos a una instintiva sonrisa.

Realizable o no tal cosa entre nosotros, debería tenderse por los medios posibles, a que llegue al taller, en donde hay obreros que albergan enormes tristezas; en donde se ven tantos entrecejos contraídos por privaciones, quizá por dolor, y labios con el rictus de amargura; en donde imperan las pesadas faenas, largas y costosas; debería tenderse, decía, para que llegue a ellos ese hálito vivificador, para que, unos más tarde que otros, pero todos al fin, participen los beneficios preciosos de su influencia, que alegra al alma.

Muévenme sobre este particular, dos objetivos principales que, armonizados, se obtendría el logro feliz de la "campaña": Despertar el amor a la lectura y el espíritu de observación, de curiosidad con inclinación científica, y el amor, en su fase efectiva. Luego ambas como fuerzas dinámicas.

Es la curiosidad, la tendencia innata en todo ser viviente, pero susceptible de variaciones más o menos intensas, según el campo de acción de cada ser, que empuja a conocer, a inquirir, sobre lo que se duda. Es una virtud y es un defecto. Es el precioso instrumento que ha valido al mundo para su eterna transformación

a través de los mirios lapsos. Hay que preocuparse de que esté siempre en buenas manos. Sirve, pues, al mediocre para inmiscuirse en secundarias extralimitaciones de la vida ajena, y sirve al estudioso para investigar las oscuras leyes de la vida, o el medio de eliminar el microbio fatal que aniquila organismos.

No nos preocupa como la clasifican Descartes o Malebranche; ni como la considera La Rochefoucauld, que como todos sus posteriores se contradicen: así Darwin como Spencer, así Ribot como James, así Ferriani como Mercier. Nos interesa su finalidad práctica; sus consecuencias mediatas e inmediatas. Lo demás, digno todo ello del mayor respeto, para este caso, es secundario.

Sabemos que es una preciosa función biológica, que psicológicamente considerada podríamos dividirla en intelectual o particular y en vegetativa o general. Pero, para no ahondar este aspecto de la cuestión, agreguemos que obedece a las tendencias e inclinaciones propias del individuo para llenar una necesidad evolutiva y compleja. Es, puede decirse, el exponente sincero de las modalidades personales.

Que evolucione la curiosidad del obrero manual, es nuestra pretensión, hacia fines superiores: que salga de esa mediocridad y ceguera intelectual que le embarga; que no caiga víctima del aburrimiento sórdido que agota más, que el casi siempre sano ejercicio de la investigación.

La curiosidad, es la magna llave de la cultura intelectual. Siendo una fuerza, hay que educarla, encaminarla a las alturas del espíritu. Como el carácter admite las mayores modificaciones, al extremo que el innato casi desaparece, en muchos casos hasta en lo atávico, así la curiosidad, regida por él, admite lo mismo, sus variaciones. El ignorante, es rehacio porque ignora y no alcanza a imaginarse los placeres superiores del intelecto. Está científicamente comprobado, que la brutalidad no existe en una forma imperecedera. Debe poder admirar él también, la hermosura que rodea su persona, tanto en el arte como en la ciencia; la Naturaleza en fin, sublime conjunción de ambas.

Así también podrían serle aceleradas las horas de labor, y refrescar ideas y sentimientos; se suavizan ciertos resabios de odios implacables, que el error y la mentira han infundido en el ánimo de esas almas sin conocimientos para las interpretaciones de una aspereza, fruto de su ignara vida, que luego los arrastra a las pasiones que muerden sus almas. Desarrollando la imaginación creadora, no habría lugar a que, en su concepción insuficiente y mezquina, forje trágicas combinaciones.

Debe de estimularse, pero urgentemente, la lectura. No sería muy difícil avivar esa inclinación en estos momentos, que se comen íntegro el diario para enterarse de los cuentos de la presente guerra. Ese eterno divagar que ha preocupado tanto, debe aprovecharse.

Hace poco, en un punto muy adelantado de la Provincia, con vida propia, se ha cerrado una Biblioteca por carecer de lectores. Pero hay que hacer un aparte, para llamar la atención de la triste deficiencia que se nota en el servicio al público, en más de una de las nuestras y que precisamente, son las que más obligadas están de llenar cumplidamente su misión, dado el sostenimiento oficial prestado.

No sería difícil, que los placeres de las lecturas substrajeran de las cantinas y bodegones a muchos padres de familia, librándolos del más terrible flagelo, el alcohol, de tan negras consecuencias hereditarias, hasta remotas generaciones. El obrero, en su debilidad amorfa de su estado incompleto, cree encontrar un lenitivo para sus desesperaciones y disimular sucesivos accidentes, y es, en cambio de ello, la desgracia, que no se apartará más de él. Y luego viene la vía crucis de choques sin compensación; desprecio al trabajo; abandono de la familia y delitos a granel en el transcurso de su trágica vida miseranda. Al aferrarse a su terrible enemigo, es verdad, apaga sus gemidos de dolor que laceran su alma pero no ahoga sus penas. No es el alcohol, es la fortaleza del alma lo que eso consigue. Y en su hogar, ese hombre, que es su jefe, ruga en la miseria. ¡Qué feroz injus-

ticia del destino! ¡Que ensañamiento atroz de la desgracia! En ese hogar, ¡hay lágrimas por hambre!; hay niños, ¡oh dolor! sin alegrías: pobres inocentes, sus alegrías se transforman en hiel, y su madre, ¡Madre! siéntese abatida por la neurosis implacable; que agobia, que aniquila su organismo; organismo, quizá, de una mártir de la aguja o de la plancha.

No me anima el propósito de hacer páginas de sentimentalismo ni de fuertes adjetivos; tan falso eso, como todo cuando no se basa en la verdad relativa de las cosas. Conozco, como entrometido, los antros donde se convulsionan las bajas pasiones, pero al galope, porque las náuseas me imponían presto, retirarme.

El terrible elemento de decadencia humana, el alcohol, es de funestísimas consecuencias tanto en el orden biológico como en el fisiológico, y que la ignorancia del hombre, en su fatal determinismo, le atribuye virtudes patológicas prodigiosas y vigorizantes.

Hay casos, que conduelen verdaderamente. En hogares ásperos, de la más cruda ignorancia, hay a veces pequeños que crecen en un misérrimo ambiente intelectual; de un cretinismo avanzado a su más alto exponente, viviendo en continua lucha moral y en continua revolución interna del espíritu. Son verdaderamente angustiosos esos cuadros tan llenos de dolor, fuente acibárica inagotable.

Muchas veces tropezamos en la calle, con el desagradable e inhumano atentado a los animales; en la mayoría de los casos, a los dos que son más "humanos" que la generalidad de nosotros; digo, al perro y al caballo.

Uno de los signos más dignos de consideración,—al fin consecuencias—son los modales groseros e injustificados que las personas ordinarias prodigan al que se les presente delante, ya por enojos con terceros, ya por mala suerte en sus asuntos. Esto, lo vemos en casi todas las esferas sociales,—no confundir con esferas intelectuales—pero en una mayoría abrumadora se nota.

en la masa obrera, haciendo a veces ésta, alarde de ello, con una naturalidad pasmosa, cuando se exceden en su brutalidad.

Intelectualizar al obrero, es obra de humanidad urgentísima. Que desaparezcan en lo posible, esos dramas enormes de la baja miseria moral; de la oscuridad de los instintos; de los repugnantes desvaríos que pagan las mujeres, casi siempre buenas, merecedoras entonces de la doble consideración de esposas y de madres. Se ven a diario, casos tales, que llegan al alma. Mujeres en momentos críticos, a las cuales se les exige en forma canalla y bestial, lo imposible dentro de su estado. Hemos presenciado con dolor enorme, que nos ha atravesado el corazón, a bestias, no; más, fenómenos humanos, apalea a sus mujeres en esos momentos, por no tenerles la comida lista. Dado que el hombre a que nos referimos, es una bestia, víctima de sus feroces pasiones, no es culpable sino en parte, como no lo es el loco y el borracho, de sus excesos. Tenemos conocimiento de una fiera humana (argentino, de unos 30 años de edad, guarda de tren) que a todo trance quería matar a un hijito de meses, siendo sorprendido por su desgraciada mujer cuando el efecto del humo de un cigarrillo echado a bocanadas sobre el inocente, se hacía sentir.

Muchos y dolorosos ejemplos abundan; no solo en las bajas esferas sociales, sino también en las altas, medias y en las que aparentan serlo. Conozco en todos sus detalles, un caso que no admite comparación posible; y que, la fortaleza moral, intelectual y física de una madre sublime, libró con heroísmo indecible dificultades tales, que no alcanzarían vigorosas plumas a reflejarlas en sus colosales expresiones.

Intelectualizar al obrero, es obra de humanidad urgentísima. Es deber de los poderes públicos y de todas las comunidades; es momento, asaz prolongado, para que lleven a la acción esa infinidad de apóstoles de la palabra, parte de su programa.

No quiero entrar en el trillado campo de las religiones. Todas tienen mucho de bueno y mucho de malo. Lo esencial, cualquiera que ella sea, es que sepan la que profesan, cumpliendo los

preceptos al culto del honor y del carácter. Es la religión del porvenir; y a ello debemos tender todos.

Hay obreros, que parecen atacados de hemalopía; tal sus temperamentos en continua excitación y visión rojiza. Y es común también, notarlos atacados de una enfermedad encefalopática, que presumo, particular y extraña a la común encefalodialis.

Tiene su gran parte de culpa en esto, la oratoria barata que, al igual que la langosta, invade por temporadas, especialmente en los momentos de expectativa política. Es la oratoria, una fuerza que debe respetarse mucho. Más de una vez se han arrastrado a ciegas huelgas y revueltas sin sentido, y muchas han caído en calamitosas arbitrariedades, a causa de ella.

Sería caer en la más absurda de las ingenuidades; en el más craso error, el creer que es vida apacible la insuficiencia intelectual. No estamos en la época colonial; las necesidades han cambiado como también los medios, que obligan a amoldarse a las exigencias del ambiente imperante. En el campo social, político e intelectual se han producido tales cambios, que del socioego apático del pasado es hoy lucha incesante en torbellino fiero.

Amargas ironías ofrece la vida actual. Debe de comprender el hombre, todas las miserias y todas las riquezas, que es fuerza en la vida; debe de luchar en todos los campos que el azar lo coloque. Y debe de esforzarse por amar en lo posible la vida, para que fructifique su acción. Así podrá disimular las miserias que es lo que más ofrece ella.

Que este mundo, grande teatro de acontecimientos dramáticos, no haga de él un actor más; ni lo sumerja en un caliginoso estado que no le permita la admisión de una esperanza vivificadora, de una alegría franca y abierta, de una resolución de más allá de estímulo, de afecto, de consuelo. Quizá entre la tosca apariencia de un artesano, sucio y harapiento, todavía así, porque no ha gozado los placeres de la higiene, haya un hombre con mejores condiciones para interpretar con fidelidad la vida. El que habrá

recibido en su paso lleno de asperezas, todos los golpes, tendrá el alma preparada para percibir sus diversos estados y sus varias transformaciones en su incesante evolución, que es ley fatal de la vida.

Debemos convencernos, y lo palpamos sin esfuerzo, que el gé-nio surge de diversos estados sociales; ya que es una consecuencia de los mismos componentes y factores-fuerza de esos mismos estados.

Ninguno mejor que él, para transmitirnos la alegría tan cara a sus esfuerzos; la carcajada sana y elocuente; el regocijo de las emociones íntimas y sentidas.

Es verdaderamente hermoso, en toda su enorme trascendencia, internarse en los dominios de esos forjadores abnegados del más sano ideal, el más humano y justiciero, el más santo, porque es de hermanos en el sufrir y en el esfuerzo.

Y quién más indicado que él, que ciñe en su frente sudorosa la corona del difícil laurel. Quién mejor que él, para contarnos, para narrarnos, esas horas vividas en la fragua, en el yunque, en el motor, en la máquina y entre el humo, que es de batalla, que es de trabajo.

El, que en pleno campo abierto, enorme, recibe el abrazo del sol y el arrullo y armonías de las aves. Quién mejor que él, por fin, para que nos narre su sencilla filosofía; quizá la que más tenga de verdad inspirada en el amor. Para que nos narre las bellezas del hogar humilde y tranquilo, lleno de cariños, de risa franca, de caricias suaves. El, que conoce en su hermosa profundidad, por que la ha sentido, la ha vivido, el dolor de llanto cubierto de perlas de sudor y el himno hermoso del bregar eterno, con voces de hierro y fuego perpetuo, ¡que es el poder del trabajo!

Por otra parte, nadie osará decir que habrá mejor vocero que uno mismo de la comunidad. Ninguno será mejor intérprete de las necesidades de los obreros que uno mismo de ellos; puesto que ha vivido y sentido sus accidentes y necesidades propias inherentes; que ha palpado en las mismas arenas y compartido en

común sus agitaciones, y que bien sabe lo que equivale en un hogar, el petróleo y el pan para sus hijos. Necesario es que se prepare ese obrero para que pueda representar dignamente a sus compañeros, en los más sagrados intereses.

Pero el obrero, es también, uno de los que más caen en el error de la miseria voluntaria, que es trasunto de un grande egoísmo. Hay hogares, llenos de miseria que asquea. Sus jefes están poseídos de la manía de la economía, aún en lo que atañe al alimento. Si su jornal le permite compartir con los suyos, de mayores comodidades, no es fuerza que sacrifique míseros aspectos, que no redundarán nada apreciable en su vida. Y es grave peligro social, centro propicio para la miseria orgánica y para el desarrollo de todas las enfermedades. A este particular, ver la estadística de las enfermedades infecto-contagiosas en la niñez, y sobre la delincuencia precoz.

Siendo un hábito con hondas raigambres, difícilmente lo pierden. De ahí que sea de urgencia cultivar, abrir luces en la mente de él, a fin de encaminarlo por senderos que sean más felices para la realización de su ideal principal: formarse un hogar propio.

Es la Naturaleza. Variada y rica; pero es así, para los espíritus que saben comprenderla en sus repentinas variantes. Los no, dicen con toda razón, que ante su vista no llega más que el sucesivo y monótono correr de días; de años. Pensemos que ese campo enorme de observación y estudio, ofrece a diario panoramas y mutaciones de aspectos. Al espíritu mezquino, no le es permitido sino comprender lo que su mísera inteligencia sin cultivo le permite, y con la insuficiencia consiguiente de su comprensión circunscrita a su órbita reducida. Que se abran, pues, las manifestaciones preciosas del pensamiento y del corazón, a aquellos escasos de la inteligencia: que se amplíe para que la comprenda; que la contemple, en fin, la vida, para que la ame.

Las manifestaciones estéticas, irían abriéndose camino en campo más llano y uniforme. La novela íntima de su vida, que todo hombre lleva consigo, tendría un valor emotivo grandioso;

por las singulares fulguraciones de los sentimientos que albergan los espíritus y refleja la expresión.

Es, en esta forma, que experimentará todo hombre, la satisfacción de la lucha con ideales, con Norte, aunque no se logre siempre triunfar.

Para los obreros puramente manuales, se impone como imperiosa necesidad, el cultivo de esta fuerza—la inteligencia—para que no se extinga como sucedería con los obreros del intelecto, sino optaran también por las actividades musculares y deportivas. Son leyes fisiológicas ineludibles. Es un deber, me atrevo a decir, de humanidad, contribuir a que se reconozca ese derecho en la masa heterogénea. Y su realización en forma definitiva, sería haber dado un enorme paso, quizá en su más alto significado, en el sagrado derecho de lo humano.

La exclusiva dedicación a los deportes, sería el exponente resultante de la fuerza bruta,—si se nos permite el término,—y si tenemos en cuenta que las carreras son deportes, hasta preferidos por las niñas, que mañana serán madres, es algo peligroso. El foot-ball, con todas sus “suavidades”, ha llevado al otro mundo ya muchas vidas y tiene afiebrada a la mayoría de nuestros jóvenes. Admitimos al ejercicio como una necesidad imperiosa, pero no lleguemos a su extremo ya que todos son malos. Muchos son también, los intelectuales que han llegado a la furibundez neurótica.

No es nuestro ánimo, que se multipliquen los libros; ni remotamente tal cosa. Deseamos que hayan hombres conscientes, de pensamiento y acción; sobre todo lo último, que es lo más escaso. Estamos en un momento, posiblemente de transición. No es la fraseología la que triunfa eficazmente en las direcciones humanas.

Estamos hablando de algo muy digno de tenerse en cuenta: de la Mayoría. Nunca podrá tenerse una democracia perfecta, como muchos creen que la tenemos, cuando falta la conciencia ciudadana. Se abren camino las ideas que aconsejan considerarlo argentino, al extranjero que pise nuestra tierra. Ya que tan poco

escogido es la mayor parte de lo que ha llegado, de allende el Océano, fuerza es, pues, que ese aditamento a nuestro organismo se mejore. Debemos exigirlo, ante el peligro de nuestra pretendida "integridad".

Aunque pequemos de tautología, insistimos sobre la gravedad del asunto, y deseamos señalar la importancia particular y enorme, que en estos momentos acrece. Se saben las variantes mentales y orgánicas que los grandes acontecimientos y las grandes catástrofes, por las grandes emociones que producen, amén de los sacrificios que imponen, hacen sufrir a los pueblos y por razones que están demás señalar, llega a nosotros su influencia. La guerra, que actualmente asola a la humanidad, traerá consecuencias de una gran trascendencia. Los nacidos entre el espasmo y el terror, entre el hambre y las desesperaciones, no pueden salir sino amorfos y degenerados en su inmensa mayoría.

Apartándonos del serio camino donde nos hemos metido, insistimos también sobre la no difícil realización de nuestra pretensión; no de hacer escritores, sino lectores; lo primero será consecuencia de lo segundo. No de hacer repetidores de cosas dichas y oídas, sino de hacer hombres que lleven sed de acción, que tengan el espíritu de observación y sientan el entusiasmo de cosas bellas que refresquen el alma. Estamos convencidos del resultado feliz de un intento serio y constante. Tendríamos citas muy importantes, en apoyo de nuestro aserto. Solo tomaremos una, modelo de modestia, de contracción y estudio.

Hace tiempo, llegó a nuestras manos, un folleto que, el autor con fina gentileza nos dedicaba. Contenía traducciones de poesías de Carducci y lo firmaba con el seudónimo de B. Contreras. Su autor, hombre de trabajo, dueño de un aserradero en Mar del Plata, mereció francos aplausos. De su traducción, la creemos magistral, se ocupó uno de los directores de "Nosotros", el Dr. Roberto F. Giusti, en el N° 80 (diciembre 1915), cuya seriedad en la crítica poética, no da lugar a dudas, (así lo demostró en "Nuestros poetas jóvenes", que no los dejó muy conformes a los jóve-

nes poetas ; y en la misma revista, en el N°. 87, (julio de 1916), hacíale notas entusiastas un poeta, que dicen por ahí, que es poeta muy bueno.

Pasemos, por fin, a otro particular. Enorme es la influencia que en el individuo crea el cultivo y desarrollo de los sentimientos afectivos. Hablemos claro, si lo conseguimos. No hay que confundir como hoy se hace, el sensualismo, el cariño y el amor. Cosas muy diferentes pero concordante a su adaptación, según el grado de intensidad y potencia anímica de cada cual.

Si el niño creciera en un hogar, aunque sumamente pobre, pero sano, moral y tranquilo; sería preferible en cierto modo, al del potentado. Tiene la oportunidad de recibir las mas sanas caricias de la propia madre. El niño, en poder de niñeras e institutrices, ni participa de la más noble manifestación maternal, sino de la falsa y estudiada de las ajenas. Nadie podrá comprender mejor que las madres, ni podrán sentir ni tolerar mejor que ellas; nadie cumplirá con más amor tan grande obligación. Pero es necesario que en el hogar pobre haya cierto ambiente, para que sea una verdadera escuela de la vida. Grandes perjuicios acarrearían a los hijos, los padres insuficientes en su faz moral; como padre torpe y mezquino, dejará pasar por alto las mismas faltas, quizá acrecidas de los hijos, puesto que no nota sus perjuicios ni consecuencias, o no tiene autoridad para reprimirlas.

Nos atrevemos a afirmar, que son muy pocos los que aprecian y comprenden en su integridad, el punto que pasamos a tratar. En la masa inculta, adivínase el deseo vehemente de tener 2 o más hijos; no porque esté encarnado en el individuo, como podría creerse, el instinto de conservación por la necesidad de supervivencia, ni mucho menos por el deseo de ascensión, ni tampoco por convivencia misma. No es difícil ver en aquellos individuos, que apenas saben contar con los dedos, hacer cálculos sobre lo que puede resultar en metálico la venida de un hijo, de uno o de otro sexo. Esto, dejando de intento su aspecto moral para la libre in-

interpretación del lector, queremos señalar la importancia psicológica, que es factor en nuestra sociología.

Si nos ajustáramos a la ética, encontraríamos siempre en el sentimiento de paternidad algo de egoísmo. Pero teniendo en cuenta la lógica, quedan destruidas por completo esas híbridas interpretaciones.

Sabemos perfectamente, que el crápula para con el común de las gentes, el repugnante vividor, el falso, son los más indicados para formar hogares prósperos; pero, económicamente. ¿Fuerzas biológicas? No sabríamos asegurar hasta donde, pero es nuestra creencia, que es el egoísmo personal que se extiende a lo que considera con suma razón, en su prolongación parte de su sangre.

Un padre ignorante, es un padre incompleto. Aunque ese padre sea bueno, se sacrifique por su hogar y por sus hijos. ¿No vemos con frecuencia, que hijos imberbes, desprecian a sus padres porque son hombres de trabajo rudo? En este ambiente que todo se aparenta, es una consecuencia que ello suceda. Es del caso consignar también, que todos los padres no están en condiciones de señalar rumbos a sus hijos. La misma incultura ó á veces validos de su autoridad y contrariando siempre leyes orgánicas, llegan a veces a malograr esfuerzos que pudieran ser encaminados a altos fines descollantes.

ALZAMLE
